



Sobre una homilía

España se ha quedado atrás

EN su cátedra, de vuelta de Inglaterra, el obispo de Málaga ha contado a sus fieles diocesanos unas impresiones de viaje. Casi no es posible ocuparse de los obispos españoles si no es para señalar lamentables manifestaciones de su vulgar mentalidad. No es éste el caso del obispo de Málaga, don Angel Herrera Oria, antiguo director de «El Debate», periódico suprimido por la dictadura de la Falange a pesar de su carácter francamente derechista. Del señor Herrera, como solo de alguna otra excepción en el episcopado español, puede decirse que es un hombre de cuidado. Por haber entrado en el sacerdocio en edad ya madura, ha tenido tiempo de aprender a ver y a decir las cosas; por eso nos interesan las que ha dicho en esta ocasión, y nos interesan sobre todo para señalarlas a quien— desde fuera de nosotros están más faltos de saber lo que pasa en España.

El obispo ha establecido una comparación entre lo que ha visto en Inglaterra y lo que hay en España. Esa comparación la ha dividido en dos aspectos: el de la moral familiar y el de la moral social. Ni que decir tiene que en el aspecto de la moral familiar el señor Herrera da a España la superioridad sobre aquella sociedad en donde domina el protestantismo. En Inglaterra aumenta el número de divorcios mientras que en España no se da ni uno, y los trajes de baño en España se adaptan mucho más que en Inglaterra a las normas clásicas del pudor. Ciertamente, ni una cosa ni otra se dejan en España a la libre reacción de la conciencia, sino que son determinaciones de la ley y de los reglamentos. Pero dejemos este aspecto que no es el que por ahora nos interesa ni parece ser—por estar al más corto alcance—de un obispo cualquiera—el objeto principal de la homilía.

Es en lo que se refiere a la moral social donde está el verdadero interés de la homilía del señor Herrera Oria. De ella encontrará el lector algunos párrafos en otro lugar de este número. «En cambio—dice después de hablar de la moral familiar—, en lo que respecta a la moral social hay muchas cosas que aprender fuera de España. La propia Inglaterra da ejemplo de ello. Evidentemente, el pueblo ha estado allí más tutelado y más protegido. La justicia social se ha cumplido con mucha más perfección. En breves años se ha atenuado extraordinariamente la diferencia de fortunas. Clases enteras han sido desplazadas de sus posiciones económicas y sociales. Maravilla la energía y la suavidad con que el Gobierno, a sangre fría y por los cauces del Derecho y de la justicia social, ha realizado esta revolución desde arriba, que no sé que tenga par en la Historia». He aquí un párrafo para enviar, como un extraño homenaje, a nuestros amigos los laboristas ingleses. Ciertamente de esa revolución. Pero, a continuación, hay otro párrafo que asimismo enviaríamos—para vergüenza de ellas— a las clases sociales privilegiadas de España; a esas clases tan asistidas y apoyadas por los obispos españoles; a esas clases que no están—ahora— tocadas por un divorcismo imposible y que solo caen en el desnudismo cuando llegan a las playas francesas. Y el párrafo es éste: «Impresiona pensar en la abnegación con que las clases castigadas se han sometido a las duras exigencias de la justicia distributiva.»

Cierto que el obispo no puede reprimir su pena ante esa alta burguesía que desciende de su altura. Esas viejas moradas señoriales distribuidas hoy en viviendas para gentes modestas, tienen la tristeza de las cosas que lloran... Pero eso es un corto desfallecimiento y el señor Herrera vuelve por lo justo. «Las grandes diferencias de la distribución de los bienes no están conformes con los principios de la justicia social.» Y como si temiera haber ido demasiado lejos, o quizá con una intención más aguda preocupada de porvenir, agrega: «Hay en el mundo una tendencia a acortar distancias que no es socialista, que es cristiana.» No, eso no. Esa justicia distributiva que se existe para el mundo no es una determinación del cristianismo. No nos dolería aceptarlo si fuese verdad; pero no lo es. Pudo serlo en cierto modo y aun podríamos aceptar que en cierto modo lo fuera, pero habría de ser refiriéndose directamente a Cristo y pasando muy por encima de la Iglesia católica que, sobre todo en España, ha estado no ya tan lejos sino tan en contra de esa justicia social. No, el fenómeno que tanto ha impresionado al señor Herrera es un fenómeno producido por el socialismo ascendente. Lo que ocurre es que la Iglesia se da cuenta de su propio error y quiere corregirlo. Demasiado tarde; pero aunque no fuera tarde del todo, lo sería para el clero español, incapaz de recorrer el camino necesario por llevar sobre sí el peso de su torpeza y el de las terribles injusticias a las que se ha asociado. Y, no ya la Iglesia española sino algunos eclesiásticos como el señor Herrera, quisieran salir del paso tomando las cosas hechas, cogiendo los hechos consumados y poniéndoles su etiqueta para apoyarse en ellos. Puestos en ese camino se llega a extremos como esa estúpida declaración en que culmina la homilía del señor Herrera y que suena a sarcasmo en los labios de un obispo español: «Las diferencias sociales, que entre nosotros pasan por naturales y casi legítimas, levantarían en otras naciones mejor formadas en la conciencia social una protesta unánime que obligaría al Gobierno a poner pronto remedio.»

¿Y qué hicieron los socialistas españoles sino esa protesta? ¿Y qué fue lo que trajó a la República sino esa protesta? Y nosotros no llegamos a los avances sociales que han hecho los ingleses ni pretendimos siquiera atacar las posiciones económicas de la alta burguesía como ellos lo han hecho. Los laboristas ingleses no han tenido que separar a la Iglesia del Estado porque ya estaba separada. ¿Y qué hizo la Iglesia católica española ante aquella iniciación de la justicia social, sino alentar la sublevación militar, ayudarla, bendecirla, glorificarla? Ciertamente que el señor Herrera no la bendijo, ya que entonces no era aún obispo ni siquiera sacerdote; pero que muestre—al menos claramente— su disconformidad con Franco y así dará un mayor valor a sus palabras. De ella nos quedamos con el valor afirmativo que tienen de que España está tremendamente atrasada en justicia social, a la zaga del progreso, al margen de los conciertos internacionales. Y ese enjuiciamiento, particularmente interesante por la persona que lo hace, queremos ponerlo enfrente de las despreciables manifestaciones del Caudillo. A mediados del pasado mes de julio declaró éste a un grupo de periodistas hispanoamericanos que lo visitó, que con su revolución se había adelantado en veinte años. Quizás él, personalmente, se ha adelantado en su carrera ensangrentada, con todo su cortejo de vividores, de obispos cerriles y de generales con espadas; pero España... España ha quedado atrás.

EN el año 1923, unos días antes del golpe de estado de Primo de Rivera, «El Diario Español», de La Habana, abrió un plebiscito entre la colonia española de Cuba para determinar qué hombre político era el que reunía condiciones más sobresalientes para gobernar a España y sacarla del atasco en que la habían metido las torpezas e inmoralidades de la monarquía, culminantes en el desastre de Annual. Se hizo el escrutinio. A la cabeza de los propuestos, con una ventaja de casi 2.000 votos sobre Melquíades Alvarez, que a su vez llevaba inmensa mayoría sobre todos los demás, apareció el nombre de Julián Besteiro. No por intrínseco dejaba el plebiscito de ser significativo. Los votos de Melquíades Alvarez se explicaban por las condiciones políticas existentes entonces en España. Los de Julián Besteiro exclusivamente por su prestigio personal, amparado en las dos grandes organizaciones en que militaba: el Partido Socialista y la Unión General de Trabajadores. A Melquíades Alvarez, acogido al eclecticismo de la fórmula reformista, cabía considerarlo como un gobernante posible con la monarquía. A Julián Besteiro, intrínsecamente republicano y sometido plenamente a la disciplina de su partido, no. A diferencia, pues, de lo que acontecía con Melquíades Alvarez—especie de alma de Garibay en la política española—, lo que se votaba en el caso de Julián Besteiro no era el hipotético aprovechamiento del gobierno, sino las virtudes y talentos del hombre. El monarca, sin embargo, tenía su criterio propio y, antes que ponerse a barajar y elegir apellidos de presuntos Licurgos, decidió suprimirlos a todos por inservibles para sus cálculos. Cansado de jugar bazas de bastos y de copas—



aunque no escasearon las de oros— resolvió, al fin, arriesgar la partida a la baza de espadas de 1923 con el resultado que todos conocimos en abril de 1931. He recordado el episodio, ignorado de muchos, en demostración del gran crédito que Julián Besteiro merecía entonces ya dentro y fuera de España, aunque ni entonces ni después—sobre todo después— faltaron los gozqueos que pretendían morderle el calcetín. Prácticamente eliminada de la vida activa, por sus achaques, la figura prócer de Pablo Iglesias, Besteiro recogía con mano firme y fiel la autoridad moral que aquel ejerciera durante tantos años de combate y enseñanza en la dirección del Partido Socialista y de la Unión General de Trabajadores. No era Besteiro extraño a esa clase de magisterio—magisterio de la acción, no de la teoría—, tan distin-

Hombres ejemplares

Julián Besteiro

Por Manuel Albar

to del magisterio universitario a que, como profesor, estaba adscrito. De los escasos intelectuales que se incorporaron al socialismo español en los años de pelea oscura, cuando el Partido Socialista no podía ofrecer a nadie posiciones brillantes—luego llegaron a él, para dañarlo, los que las buscaban—, ninguno asimiló mejor que Besteiro la sustancia obrerista que le imprimieron al partido sus fundadores—hombres de taller y herramienta, circunstancia que ha constituido, sin duda, su prístina fuente de austeridad y energía. Se puede ser un teorizante, condecorado perfecto de las doctrinas, y caer a la vez de emoción socialista. Creo no recordar mal al atribuir a Jaurès la afirmación de que «dos que vienen al socialismo sólo por la teoría, por la teoría se van». El apotegma podría ilustrarse con no pocos ejemplos, algunos harto conocidos, pero en ningún caso lo sería aplicable a Julián Besteiro que, teniendo una sólida formación doctrinal, nunca fue un socialista de cátedra o especulativo, como abundan en otros partidos socialistas de Europa, sino activo y mezclado de lleno a las luchas obreras que son la expresión vital del socialismo. Su cátedra política fue la Casa del Pueblo, rumbosa y enardecida, sin que jamás adoptara en ella el aire doctoral que le cuadraba como profesor de Lógica en la Universidad, ni en el ambiente recoleto de la Universidad pretendiera nunca confundir su función do-

cente con sus afanes de profesionalismo socialista. Ni siquiera para exculpar algaradas estudiantiles propicias al contagio demagógico. Pero es que Besteiro pudo ser lo que se quiera, excepto un demagogo o un complaciente con la ligereza. Lo sabían bien los obreros de la Casa del Pueblo de Madrid, que en él veían a un superior en el saber, pero igual en la conducta y en la obediencia a la disciplina común, que es el secreto de la disciplina socialista. En un libro al que la propaganda comunista le hizo mucho más ruido del que corresponde a las necesidades que lleva dentro—me estoy refiriendo al de Constancia de la Mora, «Doble esplendor», publicado en Méjico en 1944— se habla de Besteiro en términos que dejan el ánimo perplejo. Se advierte que la autora—muerta ya, en trágico accidente, hace unos años—, nieta de don Antonio Maura, conversa al comunismo por súbita inspiración staliniana, no sin haber gustado antes todas las mieles de la vida regalada y muelle de la aristocracia, no conocía a Besteiro sino de nombre, y eso a través de la versión fabricada en torno a Besteiro por el stalinismo comunista, que lo mismo hacía del pobre y cuidado José Díaz, notable por sus pocas luces, una especie de Pericles ibérico, que arrojaba al foso del deshonor y la injuria a los hombres de más clara ejecutoria. Besteiro era uno de éstos. Y de igual manera que durante la guerra española, ya en sus postri-

no quiso salir. Volvía no para consumir una traición, como han dicho después los que han vivido y viven de ser traidores, sino para dar su última lección de entereza y sacrificio, seguro de que no sería lección perdida. Y no lo fue. Ahora ya sabemos que no lo fue.

Cuando murió Pablo Iglesias y la inmensa peregrinación que seguía su féretro—España no ha visto otra igual— se detuvo ante las puertas del Cementerio Civil de Madrid, la magra figura de Julián Besteiro, erguida sobre una breve plataforma, atrajo todas las miradas. Se hizo un gran silencio y Besteiro levantó la voz. «Este campo—dijo— que contiene tantas memorias queridas para nosotros, es demasiado pequeño para la grandiosidad de nuestro amor al Maestro, que va tras de los restos mortales del glorioso «abuelo». Es preciso que nos resignemos a darle el último adiós. Iré desfilando en silencio. Es de esperar que al terminar este acto no saldéis con vuestro espíritu deprimido, sino más fortalecido todavía. Hay algo que no se deposita en la tierra: el espíritu de Iglesias. Este lo vertió generosamente en la multitud. A todos nos pertenece y lo llevaremos siempre con nosotros. Hemos de mostrarnos dignos de él. Es necesario que todos sepamos que el espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu. Hoy, en reposo, en silencio, hagamos cada uno en nuestro corazón un nido para amar la memoria de Iglesias, y así, de hoy en adelante, su espíritu llegará a los últimos rincones de las ciudades, de las aldeas y de los campos, y vibrará en nuestras palabras de oradores, en nuestros brazos de trabajadores y en nuestra conducta de hombres familiares y sociales.» Los cipreses enseñaban su luto invernal. A lo lejos blanqueaba el caserío infinito y confuso de Madrid. Si cualquiera de nosotros hubiera podido pronunciar un responso de despedida cuando murió Besteiro en la cárcel de Carmona, habría dicho palabras semejantes a las suyas: «El espíritu de Iglesias va en nuestro espíritu... El de Besteiro también. Todos nuestros muertos, incontables ya, nos han dejado su herencia moral, de la que somos—o no somos nada— prisioneros. De ellos, aunque las vibras muerdan en su recuerdo, podemos decir como en el romance castellano de Zulema: «Apolo toma la pluma; yo acabo y su gloria empieza...»

De mi vida

Ronquidos de un conspirador

Por Indalecio PRIETO

E IBAR fué la primera población española que el 14 de Abril de 1931 proclamó la República. Veinte días después, don Miguel de Unamuno y yo, en sendos discursos pronunciados desde el balcón de su Ayuntamiento, expresamos a la villa, ascendida entonces al rango de ciudad, el reconocimiento de todos los demócratas por aquella heroica anticipación. Nos escuchó y aplaudió una gran multitud, apiñada en la espaciosa plaza, donde también se yergue la Casa del Pueblo, cuya primera piedra habla ya colocado cuatro lustros antes, recuerdo al cual sumé el de un mitin trilingüe en el teatro Cruchaga, cuando hablamos León Juhauz—hoy Premio Nobel de la Paz—en francés, Aquilino Amategui en vascuense y yo en castellano.

Eibar—hoy angosto y profundo entre apretado círculo de montañas— fué durante el siglo último muy singular enclave liberal dentro de la zona más reaccionaria de Guipúzcoa, lindando con el ultramontano duranguesado vizcaíno, cuartel general y corte de Carlos VII. Eibar sirvió después de brecha a los socialistas bilbaínos para penetrar en Guipúzcoa, mandando primero como exploradores a José Beascochea y Valentín Hernández Aldaeta y luego como educadores a José Madinabettia y Tomás Meabe. Pueblo industrial, sus armas de fuego y sus damasquinados gozan fama en el mundo entero y allí se instituyó con éxito la primera cooperativa de producción de España, fabricante de las máquinas de coser Alfa que han invadido el Continente americano.

dores de Eibar. Callando el nombre de uno porque continuaba en aquellas tierras y mencionarlo nominalmente le causaría perjuicio, dire que el otro, Pedro Chastang, fallecido años atrás, era prototipo de la alegría eibarresa. Orundo de Francia, su rostro, adornado con rubia perilla, o piocha, según dicen los mejicanos, parecía galo más que vasco, pero su constante y franco reír tenía eco eibarrés. Había sido en París colaborador del célebre pintor Ignacio de Zuloaga, hijo de Eibar, y acompañado mucho a Pierre Laval al iniciar éste su propaganda socialista.

Pero el día de nuestra conferencia en Bilbao, Perico Chastang esforzándose en sostener muy serio el gesto. Quien se reía, desesperándole un poco, era yo. Chastang y el otro comisionado venían a proponerme ser participe de una conspiración ideada en Francia para derrocar el régimen monárquico, y mi risa, proveniente de creer disparatado el proyecto. No obstante, accedí a trasladarme con ellos a territorio francés para entrevistar al autor de la trama.

Tratábase de Antonio Fabra Ribas, socialista catalán que, a raíz de la «semana sangrienta» de 1909, en Barcelona, temeroso de represiones gubernativas, pese a ser ajeno a los sucesos—ajeno fué también Francisco Ferrer y, sin embargo, murió fusilado—, huyó a París, donde obtuvo ingreso en la redacción de «L'Humanité», diario inspirado entonces por Jean Jaurès y dirigido por Albert Thomas, ministro de Municiones posteriormente, durante la primera guerra mundial, y más

tarde primer director de la Oficina Internacional del Trabajo. Mis visitantes concedían visos de realidad al proyecto, dadas las relaciones políticas que en Francia había obtenido Fabra Ribas, a quien yo solo conocía de nombre. Convínimos en avistarnos el domingo siguiente con él en Biarritz, dedicando yo mi día de descanso dominical a conspirar.

Desde el periódico, al concluir de madrugada mi labor, marché a la estación de Achuri. Cuando el tren pasó por Eibar montaron, reuniéndose conmigo, Chastang y el otro compañero que, en larga conversación, procuraron quebrantar mi escepticismo. En San Sebastián, trasladados a otro tren que nos llevó a Hendaya y en Hendaya a otro que nos condujo a Biarritz.

Corran aún los dichosos tiempos anteriores a la implantación del pasaporte, entonces solo vigente en Rusia y no adoptado hasta 1914 por la estupidéz internacional, documento inútil que fastidiosamente exige al inofensivo viajero o interrogatorios, huellas dactilares, juramentos e infinidad de otros trámites, y que nunca valdrá para impedir atravesar fronteras a ningún sujeto peligroso. Llegamos, pues, a Biarritz sin presenciar el deprimente espectáculo de hogaño, en que los agentes de migración, mirando y remirando el pasaporte y preguntando y repreguntando a su poseedor, dejan entrever lo mucho que desconfían de las autoridades consulares de su respectivo país.

Era punto de cita en Biarritz un modesto bar-restaurante inmediato a la estación.

Sentados alrededor de una mesa, los tres conspiradores procedentes de España esperábamos, entre sorbos de Dubonnet, la llegada de Fabra Ribas, que venía de París. Ante nosotros pasó un hombre que, sin detenerse y mirándonos de soslayo, dijo entre dientes: «No me habléis, porque me sigue la policía». Sorprendiéndome su indumentaria: calzón corto, medias hasta la rodilla, zapatos bajos de abad y «casquette» a cuadros. «¿Quién es este ciclista?», pregunté. Porque no se me ocurría que nadie vistiera así sino para montar en bicicleta. «Es Fabra Ribas», contestó a media voz Chastang. El recién llegado, atravesando el bar, subió por una escalera interior. Creí ya que tras él surgirían policías bigotudos, pero no surgió ninguno. Fabra, al cual los dedos se le antojaban huéspedes, nos hizo ascender a una estancia del entresuelo, desde donde pronto sentiríamos crujir el trono de Alfonso XIII.

Hechas las presentaciones, Fabra Ribas puso a prueba sus dotes de organizador proponiéndome que, antes de abordar el arduo problema que nos congregaba, comiéramos por ser ya hora. Hubo al respecto unanimidad, señal de que las demás cosas marchaban igualmente bien. El hosteler o—un correligionario francés— trajonos la minuta que, no obstante ser muy corta, fué analizada con detenimiento por Fabra Ribas. «No sé—dijo éste, guardándose gran consideración— si al compañero Indalecio Prieto le gustará el «casoulet».

Comprendiendo que el señalamiento significaba una predilección y deseando no romper la unanimidad, tan necesaria para nuestros planes, manifesté mi indiferencia con un ademán. Yo ignoraba en qué consistía el «casoulet», pero a qué exteriorizar mi ignorancia con probable daño de mi prestigio? Fabra Ribas, no viniéndoseos a inhibición tan fría, me advirtió delicadamente: «El «casoulet», compañero Prieto, es plato muy fuerte». «Mas puede un bizarro revolucionario asustarse de ninguna combinación culinaria? Medrados estaríamos entonces. Di mi conformidad rotunda, aunque seguía ignorando la clase del guiso, que Fabra Ribas no se dignó explicar quizás porque los directores de conspiraciones deben siempre reservarse algo. «Cuatro raciones de «casoulet», ordenó. El aire resuelto de la orden prodújome buena impresión: aquel hombre reunía condiciones de mando. Ante el «ragout» de judías

Comentario

El cardenal castizo

QUIZAS no debiera yo decirlo pero... me es simpático el cardenal Segura. Ya sé que esto puede producirme disgustos con mis amigos, pero diciéndolo es me quita un peso de encima. ¡Me es simpático! Seguramente el origen de esa simpatía es el mismo que el de otras extrañas simpatías que yo siento y que no sospecharán siquiera los mismos simpatizados: Me gustan los caracteres bien definidos aunque choquen con el mío; y el cardenal Segura parece estar tallado en una sola pieza. Pero, además, ¡es tan español! No quiero yo decir que los españoles seamos así, sino que tales caracteres, que tipos como el suyo, aunque sea de modo muy excepcional, se dan quizás sólo en España, como sólo en España se produce de vez en cuando un buen torero o un buen cantador de flamenco. Un arzobispo bonachón y tranquilo, buen catador de chocolate y de vinos rancieros, puede encontrarse en cualquier lugar y en cualquier tiempo. Pero el cardenal Segura no es de esos. El cardenal es un arzobispo castizo, resucitador y continuador de la recia tradición de aquellos arzobispos españoles que allí, en su misma archidiócesis de Sevilla, cuando las cosas iban como Dios manda, dejaron un rufillo de carne tostada que aún parece ensanchar las narices de Su Emarnencia.

El cardenal es hombre tolerante ni la tolerancia es virtud para él. Ahí está justamente el interés de su ancestral figura. La tolerancia tiene acaso un cobarde origen en la duda, y ésta no cabe en el ánimo del cardenal, seguro de poseer la verdad absoluta. Puede ser tolerante un Estado que no tenga religión oficial, en el que cada creencia pueda levantar su templo como bien le parezca. En un Estado así el cardenal podría resignarse a ser tolerante para ser tolerado; pero cuando la Iglesia tiene al Estado cogido por el mango, ¿a qué viene eso de la tolerancia? El católico Estado español podrá ser tolerante, y aun mucho más que tolerante, con esos adeptos al régimen, que en definitiva no roban sino que se cobran los inestimables servicios que han hecho al caudillo Franco. Al fin y al cabo, una buena confesión... Pero el Estado católico no puede atribuirse, sin incurrir él mismo en grave pecado, el derecho de ser tolerante con quienes—ni aun por error— ofenden a Dios o a la Iglesia. El Estado no es quien para atribuirse la facultad de perdonar, tolerar ni siquiera establecer categorías en tales culpas. Todas ellas han de ser castigadas con el máximo rigor. Si Dios en su infinita misericordia, quiere perdonar, ya lo hará en la vida eterna; pero aquí abajo, esas culpas, como en aquellos benditos tiempos, deben terminar en la plaza pública, sobre una buena lumbre de sarmientos. Ese es el programa del cardenal Segura y no hay quien lo aparte de él. Ya pueden irle con que el porvenir de la economía española se pone en peligro con su persecución a los protestantes. ¡Protestantes a él! Todavía—aunque a regañadientes— podrá pasar, hasta cierto punto, por esos muros mahometanos que custodian al católico genio militar y político del Caudillo. ¡Pero esos son protestantes por los cuales los Estados Unidos manifestar su amoroso interés! No, por ahí no pasa. ¿Que los Estados Unidos, disgustados, no manden dólares? Eso podrá hacer vacilar al Caudillo y hasta inclinarlo a buscar una solución más o menos hipócrita; pero ¡que le vengan al cardenal con compendios! No sería él quien se las admitiera. Eso es lo bueno. Por ciertos involuntarios resabios taurómicos, me gustan los que embisten por derecho, lo mismo si se trata de toros que de arzobispos; y el cardenal es portia como un Miura, mientras el Caudillo lo hace como un marrajo. Ciertamente que yo no quisiera ser cogido ni por el uno ni por el otro. No me gusta lo malo ni lo peor, y Dios nos libre de tener que escoger entre una buena cota y una mala puñalada. Pero entre el Caudillo ofreciéndome su amistad y el cardenal Segura esperándome para quemarme vivo, no puedo remediarlo: me quedo con el cardenal. ¡Vaya un tío con la mitra bien puesta!

Pericles GARCIA

Recordatorio

Julián Besteiro

El día 28 de este mes de septiembre se cumplen doce años de la muerte de Julián Besteiro, inolvidable presidente de nuestro Partido Socialista Obrero Español y de la Unión General de Trabajadores de España. Como profesor, Julián Besteiro honró a la enseñanza española desde su cátedra de la Universidad Central; como presidente de las Cortes Constituyentes de la República, obtuvo el respeto de sus adversarios. Su muerte dramática en la cárcel de Carmona quedará en la historia de nuestros tiempos como ejemplo de noble estoicismo y como una de las mayores ignominias de tantas como pesan sobre ese ominoso régimen de opresión que sigue haciendo la ruina moral y material de nuestra España. Su recuerdo vive en nosotros continuamente; pero en este día de aniversario lo señalamos a la memoria de todos.

El eibarrés es el mortal más feliz y más jovial, el le va bien o le va mal, el eibarrés siempre está igual. A mediados de 1912—y aquí comienza la pequeña historia que de eso contar— recibí en Bilbao a dos emba-

(Termina en la segunda página)

¿Y Guernica?

En torno a unas declaraciones de Picasso

El escritor Giovanni Papini, en su "Libro Negro", ha dado a conocer unas sensacionales declaraciones que directamente le hizo Picasso. No solamente sobre el cubismo, sino también sobre el juicio, el concepto que le merece su arte y su propia persona.

cientemente, y continuar con toda seriedad su desarrollo hasta llegar a un resultado sorprendente e insuspechable, pero perfectamente lógico, sin embargo. Mas la pintura no es exacta, ni es ciencia, ni puede ser artificial.

Desgraciadamente, cuando esa personalidad hay que supeditarla a otros intereses, cuando se dice que fuera de ese seudorealismo proletario que conducirá a la transformación ideológica de las masas, no queda otra cosa que la formación occidental (en ese caso, alusión a Picasso) se explica fácilmente la "autocritica".

En otras ocasiones nos hemos hecho eco de la labor sistemática de desprestigio de Francia y de las autoridades francesas que están realizando los periódicos franquistas. Cuando no una injuria o una grosería tienen siempre a mano un argumento retórico cualquiera a esgrimir ofendiendo a este país o a sus instituciones representativas.

En el comedor del Quai d'Orsay se ha representado una comedia bufa, so pretexto de invitar al primer ministro del Rey a un almuerzo opipar. Estaba M. Pinay presidiendo. Nadie sabía qué hacer ni cómo comportarse. Los silencios se tapaban cantando himnos patrios livianos que eran ahogados en risa, o escuchando acerca de todas las posibilidades que la aborrida meteorología actual reserva este otoño a los parisienses.

En el comedor del Quai d'Orsay se ha representado una comedia bufa, so pretexto de invitar al primer ministro del Rey a un almuerzo opipar. Estaba M. Pinay presidiendo. Nadie sabía qué hacer ni cómo comportarse.

En el comedor del Quai d'Orsay se ha representado una comedia bufa, so pretexto de invitar al primer ministro del Rey a un almuerzo opipar. Estaba M. Pinay presidiendo.

En el comedor del Quai d'Orsay se ha representado una comedia bufa, so pretexto de invitar al primer ministro del Rey a un almuerzo opipar.

A la Manera Yanqui Radiar y evangelizar

AUNQUE, aparentemente, todavía no se ha pasado de la discusión de las virtudes y los inconvenientes de las tácticas de "refoulement" y de "endiguement" — es decir, de la expansión soviética —, lo cierto es que los estadounidenses comienzan a practicar la política de retrocesión, siquiera se limiten a fomentar tras la "cortina de hierro" los movimientos de oposición y hayan inaugurado la guerra de las ondas radiofónicas.

complacencia del Gobierno griego, podrá trasladar los barúlos a Cerdeña o Sicilia, donde el Gobierno italiano será igualmente complaciente — la duda ofende —, reinstalarse y emitir para que el evangelio de la democracia y de la libertad alcance a España y Portugal, que menester han de ser evangelizados españoles y lusitanos.

Desaparecidos Hitler y Mussolini, no parece que en estos momentos —no lo digo sin embargo muy fuerte— ni en la misma Alemania existen riesgos inminentes de un resurgir del nazismo, aunque a nadie se nos escapa que en Alemania singularmente existen y se reavivan constantemente no pocos rescoldos de aquel nefasto régimen.

Desaparecidos Hitler y Mussolini, no parece que en estos momentos —no lo digo sin embargo muy fuerte— ni en la misma Alemania existen riesgos inminentes de un resurgir del nazismo.

Desaparecidos Hitler y Mussolini, no parece que en estos momentos —no lo digo sin embargo muy fuerte— ni en la misma Alemania existen riesgos inminentes de un resurgir del nazismo.

EL SOCIALISMO EN EL MUNDO

CONGRESO ANUAL DEL PARTIDO LABORISTA. Londres (SIS). — Cuando se publican estas líneas, el Partido Laborista británico se encuentra en plena actividad en su Congreso anual, cuyas sesiones se desarrollarán en la ciudad de Manchester (Lancashire) y donde se prevé que durarán hasta el 3 de octubre próximo.

Las Mujeres Socialistas Francesas

París (SIS). La semana pasada ha sido lugar de un Instituto de Estudios Sociales Hijman Branting de Les Brevieres (cerca de París) las jornadas centrales de estudio de las Mujeres Socialistas Francesas (S.F.O.).

En su catedral Ha dicho el obispo de Málaga

He aquí algunos párrafos de la homilía pronunciada el domingo día 7 de este mes, en la catedral de Málaga, por el obispo señor Herrero Oria a la misa que se celebró en la catedral.

La jornada socialista de S-Lary, exponente de juventud y camaradería

Como se anunció oportunamente, el 31 de agosto tuvo lugar la fiesta artística y recreativa organizada por las Juventudes Socialistas de Toulouse, Bagnères-de-Bigorre y Tarbes, contando con la valiosa cooperación de los afiliados al Partido y a la UGT de dichas localidades y el apoyo —después de haberse reunido en la Agrupación Socialista de Saint Lary— de la Federación de J.S.S. Tanto el presidente como los organizadores expresaron la satisfacción que les producía presenciar el desarrollo de tan magnífica jornada socialista y coincidieron en la necesidad de perseverar en las tareas de formación juvenil socialista, en sustener con solicitud y cariño a nuestras organizaciones en el exilio, capacitando cada día más y proseguir incansablemente nuestra lucha contra la tiranía franquista hasta restablecer las libertades patrias y poder entonces en España entregarnos a un trabajo fructífero y constructivo.

De "A B C"

El magno latrocinio

Copiamos de un editorial de "ABC" de Madrid, del pasado día 13: "Es evidente que la justicia social, como forma de la justicia que es, constituye el fundamento de la vida política. Los reinos sin justicia —dice San Agustín— son magnos latrocinios.

Jobaga

Nuevas generaciones y adaptándose a un sentido autocrático de su existencia, y completamente intoxicados, se corre el grave riesgo de que vayan contagiando a todo el mundo, porque el mundo llamado liberal o democrático agente fatiga, se amilana, se descorazona, porque al cabo de los tiempos se ha percatado de que la democracia no es de la panacea que sirve ni para liberar a los pobres, ni para mantener perennes los privilegios de unos pocos, esa es la terrible tragedia en que se debate la democracia, porque la democracia parece que le está vedado hacer ninguna revolución, o su propia revolución.

Jobaga

Nuevas generaciones y adaptándose a un sentido autocrático de su existencia, y completamente intoxicados, se corre el grave riesgo de que vayan contagiando a todo el mundo, porque el mundo llamado liberal o democrático agente fatiga, se amilana, se descorazona, porque al cabo de los tiempos se ha percatado de que la democracia no es de la panacea que sirve ni para liberar a los pobres, ni para mantener perennes los privilegios de unos pocos, esa es la terrible tragedia en que se debate la democracia, porque la democracia parece que le está vedado hacer ninguna revolución, o su propia revolución.

Jobaga

Nuevas generaciones y adaptándose a un sentido autocrático de su existencia, y completamente intoxicados, se corre el grave riesgo de que vayan contagiando a todo el mundo, porque el mundo llamado liberal o democrático agente fatiga, se amilana, se descorazona, porque al cabo de los tiempos se ha percatado de que la democracia no es de la panacea que sirve ni para liberar a los pobres, ni para mantener perennes los privilegios de unos pocos, esa es la terrible tragedia en que se debate la democracia, porque la democracia parece que le está vedado hacer ninguna revolución, o su propia revolución.

Jobaga

Nuevas generaciones y adaptándose a un sentido autocrático de su existencia, y completamente intoxicados, se corre el grave riesgo de que vayan contagiando a todo el mundo, porque el mundo llamado liberal o democrático agente fatiga, se amilana, se descorazona, porque al cabo de los tiempos se ha percatado de que la democracia no es de la panacea que sirve ni para liberar a los pobres, ni para mantener perennes los privilegios de unos pocos, esa es la terrible tragedia en que se debate la democracia, porque la democracia parece que le está vedado hacer ninguna revolución, o su propia revolución.

Aquello fue una "gironada" más

Como en España, desde que Franco subió al poder por la voluntad de Hitler y de Mussolini, no existían ni deben existir condiciones de paz y tranquilidad que cubran una falla del sistema proporcionando trabajo al único ramo que vivía en completo desamparo: el gremio musical.

Jobaga

En aquella época me encontraba de pianista con un espectáculo de variedades. Por todas las poblaciones mayores de España, más o menos habitadas, se iba a tocar con los compañeros de profesión. Todos me aconsejaban volver a Málaga, porque el asunto, se llevaba a la práctica a marcha veloz. A los músicos fascistas —en España hay muchos— sólo les contestaba que se evadían; a los antifascistas —los hay por miles— les respondía que no se realizaba nada positivo, porque el Gobierno franquista sólo lanzaba decretos para que su eco resonara en las fronteras, pero que el Gobierno hacía nada que bien por derecho. Hay que reconocer, sin embargo, que si lleva una cierta organización perfecta, no sólo en teoría, sino en la práctica, los trastiernos y encarcelamientos de muchísimas personas honradas y liberales.

Jobaga

Tres meses después de la publicación del decreto regresé a Málaga, pues terminamos forzados la estancia en León, donde nos quedamos en toda la compañía y habiendo dormido ininterrumpidamente de noche en los cuartos de las estaciones por carecer de dinero para la cama. No confundirse, ni tomarse como cosa habitual de cómicos: era debido, y sigue siendo así, al terrible caso que se padece en el "paralelo franquista".

Jobaga

